



PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Peninsula—Un mes, 2 ptas—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administraci6n.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 27 DE FEBRERO DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en Paris, A. Lorette rue Casimírin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Lágrimas

Triste herencia la que dejan tras de sí los movimientos convulsivos de la sociedad.

Desde el momento que una alteración del orden normal de la vida se anuncia y acontece, aparejados marchan en su compañía, miserias, disgustos, sobresaltos, lágrimas.

Una familia vivía feliz, satisfecha de la vida, gozosa con el cumplimiento del deber. Se altera el orden regular de la vida, y el luto y la consternación vienen sobre ese hogar, momentos antes semejante á un paraíso. El esposo, el padre que hace pocos instantes saliera á cumplir sagradas obligaciones; la esperanza de la casa, la providencia del hogar, vuelve á ella en una familia, destrozado, herido, maltratado; el pan que con anhelo esperaban los seres que á su custodia confiara la sociedad, se convierte en espanto, en dolor, en estupefacción, en gritos arrebatados del alma, ante miserios despojos ensangrentados.

¿Quién causó esa desgracia? La fatalidad, el acaso, la ignorancia. El motivo fué una confusión. Fué la acción de un derecho mal ejecutado. Fué el abuso de la libertad, del derecho que nos hace dueños de nosotros mismos, para que nuestra propia conciencia elija el bien y el mal.

Para ser libres, para merecer el dictado de hombres justos, necesitamos saber definir la libertad. La libertad es el respeto del mutuo derecho. Ser libre, se entiende aquel que conoce hasta dónde lie-

gan sus derechos y dónde comienza el de los demás.

Pero desgraciadamente el concepto del derecho se ignora por completo.

Yo tengo el derecho de ser un hombre á quien le guste la ociosidad. Tengo ese derecho porque no perjudica á un tercero; el daño es para mí sólo; la miseria se enseñoreará de mí. El desprecio de mis conciudadanos, sólo lo sufriré; pero porque yo tengo ese derecho, que sólo á mí me daña, ¿hé de imponer á las demás mi voluntad, haciendo que todos sean ociosos?

Pues este sencillísimo principio, es el que se desconoce, y en su desconocimiento produce conflictos á la sociedad, colisiones entre los que quieren imponerse y los que no permiten que en el uso de su derecho se le imponga otro; y últimamente, producen lágrimas y luto, miseria y desolación.

Nosotros respetamos como nadie el derecho de los demás interin se respete el nuestro.

Nosotros pedimos para el obrero todo cuanto pueda contribuir para su mejoramiento y bienestar.

Es justo que tenga bastantes horas de reposo que produzcan la reposición del desgaste de sus fuerzas físicas. Es justísimo que su jornal esté en relación con lo que actualmente representa el valor intrínseco de la mercancía moneda. Es necesario que tenga horas suficientes para que pueda instruirse en materias que le proporcionen ventajas en el ejercicio de su arte, conociendo las máquinas, sus efectos, sus aplicaciones, su manejo, los procedimientos que le produzcan más utilidad, aprovechando riqueza gratuita, buscando fuerzas que están en la naturaleza. Tiene el perfecto derecho de reunirse pa-

ra todos los fines útiles de la vida; de asociarse para la defensa mutua. Todo cuanto se quiera.

Pero después de esos derechos, no le tiene, ni hay ley divina ni humana que le conceda ni un átomo de autoridad para imponerse á los demás.

Contra un abuso, se acuerda una manifestación de protesta; se efectúa ésta con orden, procediendo en derecho y haciendo uso de la libertad de obrar; pero contra el que no quiere protestar ¿quién tiene el derecho á imponerse?

Ese desconocimiento condujo á querer ejercer una coacción, y el resultado de ésta ha sido una víctima que hoy lloran todos; esa víctima no es un hombre; es la humanidad, contra quien se ha atentado; haciendo que seres libres renieguen de esa libertad que tanto ha costado adquirir.

Hoy se acude á la suscripción para socorrer á una viuda y á unos huérfanos, víctimas inocentes de un ataque á la libertad y un olvido del derecho. Más valiera que antes se hubiera comprendido lo que ambas palabras significaban.

Libertad! Derecho! Todos te tienen en los labios, pero qué pocos pronuncian con toda la elusión de su alma tu complemento.

Libertad que produce lágrimas. Derecho que atenúa al de los demás. Os habéis olvidado de vuestro complemento? Sí; porque estáis incompletos, os falta el trazo de unión entre vosotros; el deber.

Es una trinidad que no se debe olvidar.

Libertad, derechos, deberes. Sin cumplir los últimos, los primeros sólo producen lágrimas.

CKUB.

TIJERETAZOS

Dos honorables representantes de la Carolina del Sur han dado una sesión de boxeo en pleno Capitolio de Washington el día 23 del actual, poniéndose los morros como pimientos de Rioja.

—¿Quién es ella?—preguntaba Quevedo cuando veía dos hombres enzarzados.

Ahora no hay que hacer la pregunta. Se sabe quién es ella. Una Carolina.

Además, al día siguiente se celebraba el centenario de Washington y sin duda han querido inaugurar los festejos con un modernista los dos honorables.

Comentando los sucesos de Barcelona y dando oídos á ciertos rumores, dice un articialista:

«Estamos en el prólogo! ¡Dios mío, qué principio! ¡Cuándo empezará el drama!»

Momentos antes del epílogo, es decir el día antes del juicio final.

Si ha de ir en crescendo y ha de estar todo en relación...

Según los estudios de unos cuantos sabios, el mundo se morirá de hambre para mediados del presente siglo.

A esos sabios y á mí nos tienen sin cuidado, porque para esa fecha nos habremos muerto.

Y ni ellos presenciarán la derrota de su profecía ni yo tendré que sufrir los tormentos de la falta de pan.

Este no obstante que adelantará esos hechos produciendo desdichas?

Si la ciencia va á resultar en nuestro daño en vez de venir en nuestro auxilio, sería cosa de negarle el saludo para vivir en paz.

Los telegramas de la prensa inglesa dicen que el movimiento que en España se nota está provocado desde el extranjero.

¡Que honor para nosotros!

Después de haber servido para hacer á costa de nuestra hacienda y nuestras vidas expropiación de gaceras navajas, servir de juguetes á los anarquistas de Londres.

¿Por qué no experimentarán esos hom-

bres en su propio país lo que experimentan en país extraño?

¡Por qué!

Vale la pena que los obreros se hagan esa pregunta y la contesten en conciencia, cada uno para sí, calladitos, sin valerlos de traductor.

MICROSCOPICAS

¡La solidaridad!

Entre la que se proclama en los meetings buscando beneficios que no todos alcanzan y la que reúne alrededor de la dicha agenda las almas nobles para ampararla con sus consuelos, preferimos esta.

El acto que van á realizar el domingo los trabajadores nos encanta; es un acto que los dignifica y eleva, poniendo de relieve que bajo la chaqueta y la blusa lúten corazones de oro, sensibles al dolor ajeno y á los impulsos de la caridad.

Para proyectarlo ha bastado un instante: un feliz pensamiento que brota en el magín respondiendo á una oleada de angustia que se desborda del corazón. Para convertirlo ha bastado una indicación, media palabra que ha levantando en centenares de corazones un grito de piedad.

Y el domingo se presentarán los trabajadores en las obras del Ayuntamiento, en las de las Escuelas graduadas, en el desmonte de la calle de Gilbert, en las del terraplén del Almarjal, en las de la fábrica Altemeyer, en las de la alcantarilla de las puertas de Madrid, en todas las que dependen de los contratistas D. Pedro Sánchez Martínez y D. Pedro García Arroyo; y el golpe de los picos, el rodar de los carros, el estampido de los barrenos, el chocar de almagas y arrastrar de legones, se convertirá en puñados de pesetas para borrar lo que puede borrarse de la horrible desgracia del lunes.

Hermosa batalla la que van á librar el domingo los obreros para arrancar de la miseria á una mujer y cuatro niños.

Y hermosa recompensa la que les esperen con la íntima satisfacción de haber obrado bien.

Rosl.

Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.

peñeros; pero yo, que soy inocente, os pregunto: ¿Si no hubiese oído Jurand que los templarios eran los salvadores de su hija, por qué habla de ir á Tscitna antes de que lo llamáramos?

—Puede ser que digáis la verdad,—observó el príncipe,—por un momento sospeché de vos, pero ahora os veo que los templarios han obrado como buenos caballeros.

La maldad y la doblez de los templarios venía una vez más á los polacos, los cuales estaban destinados á ser presa de la Orden, como la mosca lo es de la grana.

Rotgher, con voz más firme, dijo al príncipe:

—Ilustre señor, debéis recompensarnos por nuestras desventajas y por las lágrimas y la sangre que vuestro pueblo ha hecho derramar á los templarios. Jurand es vuestro súbdito, y así, en nombre del Señor, que otorga vida y bienes, os conjuro á que reparéis los males que hemos sufrido.

El príncipe le miró con estupor.

—¿Qué queréis?—preguntó—Jurand, enloquecido, ha causado estragos; ¿cómo debo responder yo de esto?

—Señor, es vuestro súbdito; en vuestro principado estáis sus tierras y el castillo en que guardaba prisioneros á los soldados de Cristo; si no todas sus posesio-

El príncipe se levantó mirándole fijamente. Seis ó siete caballeros se levantaron también repitiendo:

—Es verdad; ¿cómo pudisteis equivocaros?

Rotgher murmuró:

—Nosotros no miramos nunca á las mujeres; en el pabellón de caza sabíamos que había muchas señoras, pero no conocíamos á la hija de Jurand.

—De-Danföld lo sabía, porque durante la caza habló con ella.

—De-Danföld ha comparecido ya ante el Señor,—repuso Rotgher,—y puedo añadir esto: que al día siguiente de su muerte había sobre su fardo muchas rosas, aunque estamos en invierno.

—¿Cómo supisteis que los bandidos habían robado una mujer?

—Por el rumor de las gentes.

—Es muy raro que os equivocárais.

Rotgher replicó:

—De-Danföld decía que el diablo es engañador y cambia de parecer.

—Y la carta del padre Kaleb con el sello de Jurand, quién la escribió?

—El espíritu malo.

Rotgher, queriendo aprovechar el estupor de los oyentes, dijo:

—Las preguntas que me hacéis son puñaladas que me llegan al alma, porque revelan que me creéis vos,

III

La noticia de lo ocurrido en Tscitna, llegó á Varsovia antes que Rotgher, y produjo inmensa sensación.

Tanto el príncipe como los señores de la corte, no comprendían nada de lo ocurrido, porque se recibió la carta de Jurand de Spichov, diciendo que su hija había sido robada por unos bandidos, y no por los templarios.

Secretamente se decía aquella carta, porque era

